

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE LUCAS

### La resurrección del Salvador-Hombre (Mensaje 11)

Lectura bíblica: Lc. 24:6-8, 25-27, 30-32, 44-46

- I. A fin de ver la resurrección del Salvador-Hombre, necesitamos que el Señor Espíritu abra nuestro entendimiento para que podamos entender las Escrituras mediante Su iluminación—Lc. 24:6-8, 25-27, 30-32, 44-46; Ef. 1:17-18:
  - A. A fin de entrar en Su resurrección que imparte vida, el Salvador-Hombre sufrió una muerte todo-inclusiva y con un estatus séptuplo: el Cordero de Dios (Jn. 1:29), un hombre en la carne (Ro. 8:3), un hombre de la vieja creación (1 Co. 15:45), la serpiente de bronce (Jn. 3:14), el Primogénito de toda creación (Col. 1:15), el Pacificador (Ef. 2:15) y un grano de trigo (Jn. 12:24).
  - B. La resurrección del Salvador-Hombre fue la manera en que Dios vindicó y aprobó Su persona y Su obra redentora todo-inclusiva efectuada mediante Su muerte; Su resurrección también fue el éxito que Él obtuvo en todos Sus logros—Hch. 2:24; 3:15; 4:10; 5:30; 10:40; 13:30, 33-34, 37; 17:31; 26:8; Jn. 10:17-18; Ro. 4:25.
  - C. La resurrección del Salvador-Hombre fue la victoria que Él obtuvo sobre la muerte, incluyendo a Satanás, el Hades y la tumba—Hch. 2:24; Fil. 3:10a; Ro. 6:9; 2 Ti. 1:10; He. 2:14; 1 Jn. 3:8; Ap. 1:18; cfr. 2 Ti. 4:22.
  - D. La resurrección del Salvador-Hombre fue Su glorificación—Jn. 12:23-24; 13:31-32; 17:1; Lc. 24:26; 12:49-50.
  - E. La resurrección del Salvador-Hombre fue Su nacimiento como el primogénito Hijo de Dios—Hch. 13:33; Ro. 1:3-4; 8:29.
  - F. La resurrección del Salvador-Hombre fue Su transfiguración, en la que llegó a ser el Espíritu vivificante para entrar en los creyentes—1 Co. 15:45; Jn. 14:16-20.
  - G. La resurrección del Salvador-Hombre fue Su germinación en

la nueva creación, en la cual impartió la vida divina en Sus creyentes para que ellos fuesen regenerados como los muchos hijos de Dios—12:24; 1 P. 1:3; Jn. 1:13; 3:15-16; 2 Co. 5:17; Gá. 6:15; Ro. 8:29; He. 2:10.

- H. La resurrección del Salvador-Hombre fue Su propagación, para producir a la iglesia como Su reproducción—Jn. 12:24; 1 Co. 10:17; Ef. 1:20-23.
- I. La resurrección del Salvador-Hombre resultó en que Él pudiera vivir en nosotros; Él vive en nosotros para que nosotros podamos vivir por Él y ser Su reproducción—Jn. 14:19-20; Gá. 2:20.
- II. La resurrección del Salvador-Hombre empezó mientras Él moría, así como la resurrección de un grano de trigo empieza con su muerte; mientras Él moría externamente, estaba resucitando internamente—Jn. 12:24; 1 P. 3:18:
- A. Por un lado, el Salvador-Hombre vivía para morir (Lc. 12:49-50), y por otro, estaba muriendo para vivir (1 Co. 15:35-36).
- B. Antes de Su muerte física, Cristo ya era la resurrección (Jn. 11:25); mientras Él vivía en su vida humana, estaba resucitando por medio de la muerte; Él es el Salvador-Hombre que muere para vivir, y también es el Salvador-Hombre que vive al morir:
1. La muerte de Cristo significa que cuando Cristo vivió en la tierra, Él continuamente se rechazaba a Sí mismo; Él llevó una vida en la que se negaba a Sí mismo y vivía por el Padre—6:57; 5:19; 4:34; 17:4; 14:10, 24; 5:30; 7:18.
  2. Él llevó una vida en la que el pesebre fue el comienzo y la cruz fue el final (Lc. 2:12; 23:23-46); cuando fue bautizado, Él reconoció y declaró que, como hombre en la carne, en Su humanidad (Jn. 1:14; Ro. 8:3), no servía para otra cosa que morir y ser sepultado (Mt. 3:13-17).
  3. Aunque Su vida humana era muy pura y muy santa, Él no vivió mediante esa vida, sino que la puso a un lado, la puso en la muerte, y vivió por la vida del Padre:
    - a. El hecho de que Él “[levantara] los ojos al cielo” significa que era uno con el Padre, pues confiaba en el Padre como la fuente de bendición—Lc. 9:16; Jn. 10:30.
    - b. Él no hizo nada por Sí mismo (5:19), no buscó Su

propia voluntad, sino la voluntad del Padre que lo envió (v. 30b), tampoco buscó Su propia gloria, sino la gloria del Padre que lo envió (7:18).

- III. Cuando fuimos regenerados por el Salvador-Hombre resucitado como Espíritu vivificante, “nacimos crucificados”; ahora que fuimos “regenerados crucificados”, estamos muriendo para vivir y viviendo al morir—3:5-6; Gá. 2:20:
- A. *Morir para vivir* significa vivir bajo la operación de la crucifixión de Cristo; por un lado, Pablo había sido aniquilado, crucificado, pero por otro, un Pablo resucitado, alguien que había sido regenerado, continuaba viviendo; Cristo vivía en él, y él vivía a Cristo—v. 20; Fil. 1:21a.
- B. Así como Cristo, el único grano como prototipo, cayó en la tierra para morir, también nosotros, los muchos granos como la reproducción masiva, debemos seguirle y caer en la tierra para morir, ejercitándonos continuamente para rechazar al yo y vivir mediante otra vida, la vida del Salvador-Hombre—Jn. 12:24-26; Lc. 9:23-25; Col. 3:4a.
- C. Cuando no vivimos por nuestra vida natural, sino que vivimos por Él como la vida que está dentro de nosotros, estamos en resurrección; nosotros morimos para vivirle, y Él vive en virtud de que morimos—Gá. 2:20; 6:17; 1 Co. 15:31, 36.
- D. Debemos seguir el modelo establecido por el Señor Jesús, quien llevó una vida crucificada para expresar la vida divina, manifestando en su vivir los atributos divinos como virtudes humanas; seguirle intrínsecamente como nuestro modelo que mora en nosotros equivale a llevar en nuestro cuerpo las marcas de Jesús por medio de la gracia de Cristo—1 P. 2:21; Gá. 6:17-18.
- E. Debemos disfrutar la preciosa muerte de Cristo con su dulzura y eficacia, y la preciosa resurrección de Cristo con su poder repelente en Cristo como el Espíritu compuesto, con miras a la vida de iglesia—Éx. 30:22-25; 1 Co. 15:45; Ro. 14:17-18; cfr. Dt. 8:7-8.
- IV. Mediante el poder de la resurrección de Cristo, somos capacitados para morir cada día, para tomar nuestra cruz cada día, siendo configurados a la muerte de Cristo mediante el Espíritu como el poder y las riquezas de Su resurrección por el bien de Su Cuerpo—Fil. 3:10; 1 Co. 15:31; Lc. 9:23; cfr. Cnt. 2:8-14; Os. 6:1-3:
- A. La realidad de la resurrección es el Cristo pneumático, quien

como el Espíritu consumado mora en nuestro espíritu y está mezclado con él—Jn. 20:22; 1 Co. 15:45; 6:17.

- B. Es al estar en este espíritu mezclado que somos partícipes de la resurrección de Cristo y la experimentamos, lo cual nos capacita para ser uno con la obra de la cruz, a fin de ser librados del yo y ser transformados en un nuevo hombre en la nueva creación de Dios para que se lleve a cabo la economía de Dios en la edificación del Cuerpo orgánico de Cristo—Ro. 8:2, 4, 6, 13; 12:1-2, 11.

## MENSAJE ONCE

### LA RESURRECCIÓN DEL SALVADOR-HOMBRE

Oración: Señor, te damos gracias por este entrenamiento y por todos los cristales que han sido impartidos. Te decimos que te amamos y que deseamos entregarnos a Ti. Queremos sentarnos a Tus pies para oír Tus palabras. Ábrenos las Escrituras y muéstranos este asunto de la resurrección. Dependemos completamente de Ti y de que Tú nos abras Tu palabra y hagas que ardan nuestros corazones. Oramos pidiéndote no solamente que nos concedas recibir una revelación de la resurrección, sino que además nos introduzcas en la experiencia de la resurrección de tal modo que toda la iglesia sea edificada en resurrección. Bendice a todos Tus santos. Amén.

En este mensaje titulado: “La resurrección del Salvador-Hombre” queremos ver algo intrínseco en cuanto al asunto de la resurrección. Por supuesto, primero tenemos que comprender que la resurrección es un hecho: Jesús resucitó tres días después de haber sido crucificado. La resurrección de Cristo es uno de los asuntos básicos que proclamamos en el evangelio. También debemos comprender que la resurrección es un principio espiritual. Sin embargo, en este mensaje queremos ver el significado intrínseco de la resurrección y, para esto, necesitamos que el Señor abra nuestros ojos. Es probable que ya hayamos visto algo sobre la resurrección, pero todavía tenemos la necesidad de que el Señor abra nuestros ojos para que podamos ver algo más. Más aún, tenemos que conocer en términos de nuestra experiencia el poder de la resurrección que opera en nuestro ser.

La lectura bíblica para este mensaje es Lucas 24:6-8, 25-27, 30-32 y 44-46. Todos estos cuatro pasajes provienen del último capítulo de Lucas y nos hablan sobre dos asuntos: la resurrección de Cristo, que abordaremos en este mensaje, y Su ascensión, que será abordada en el siguiente. En el primero de estos tres pasajes, dos ángeles hablan sobre la resurrección. En el segundo pasaje el Señor mismo explica el asunto de la resurrección. En el tercer pasaje vemos la reacción de los discípulos a la resurrección. Después que el Señor desapareció de la vista de los dos

discípulos, ellos se dijeron el uno al otro: “¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” (v. 32). El Señor les habló a estos dos discípulos por un período bastante prolongado, pues Emaús distaba de Jerusalén unos once kilómetros, distancia que probablemente requeriría unas tres horas para ser recorrida a pie. Durante todo ese tiempo, el Señor les abrió las Escrituras a estos dos discípulos. Ésta es también nuestra necesidad: que las Escrituras nos sean abiertas. Del versículo 32 al 45 se nos da a entender que el Señor abrió las Escrituras a Sus discípulos; como resultado de ello, ellos vieron lo que verdaderamente era la resurrección. El último pasaje citado en nuestra lectura bíblica, del versículo 44 al 46, consiste en la reiteración que el Señor hace a Sus discípulos sobre el asunto de la resurrección. Tenemos que orar: “Señor, muéstrame qué es la resurrección”. En Efesios 1 Pablo oró pidiendo para nosotros un espíritu de sabiduría y de revelación a fin de que viésemos el poder de la resurrección; esto es, no solamente para que veamos que el Señor se levantó del sepulcro, sino para que veamos que en Él reside el poder de la resurrección (vs. 17-18, 20).

**A FIN DE VER LA RESURRECCIÓN  
DEL SALVADOR-HOMBRE,  
NECESITAMOS QUE EL SEÑOR ESPÍRITU  
ABRA NUESTRO ENTENDIMIENTO PARA QUE PODAMOS  
ENTENDER LAS ESCRITURAS MEDIANTE SU ILUMINACIÓN**

A fin de ver la resurrección del Salvador-Hombre, necesitamos que el Señor Espíritu abra nuestro entendimiento para que podamos entender las Escrituras mediante Su iluminación (Lc. 24:6-8, 25-27, 30-32, 44-46; Ef. 1:17-18). La resurrección del Señor no meramente consiste en que Su cuerpo fuera levantado del sepulcro. Tanto el hijo de la viuda como Lázaro fueron resucitados en ese sentido, en el sentido de que el cuerpo de ellos fue resucitado (Lc. 7:14-15; Jn. 11:43-44). Lázaro no llegó a ser el Hijo primogénito de Dios mediante su resurrección, ni tampoco el hijo de la viuda elevó su humanidad introduciéndola en la divinidad por medio de su resurrección. Estos dos casos de resurrección eran simplemente casos en los cuales alguien regresa de la muerte y su cuerpo es resucitado. Aunque fueron casos auténticos de resurrección, no eran la resurrección del Salvador-Hombre.

La resurrección del Salvador-Hombre es algo único. Colosenses 1:15 dice que Cristo es el Primogénito de toda creación, lo cual implica

que Él forma parte de la creación, y el versículo 18 afirma que Él es el Primogénito de entre los muertos. Él forma parte de la creación; por tanto, Él es el Primogénito de toda creación. Sin embargo, Él no forma parte de los muertos; por tanto, Colosenses no dice que Él sea el Primogénito *de* los muertos, sino el Primogénito *de entre* los muertos. En el Hades el Señor estaba entre los muertos, pero Él no era uno de ellos. Al contrario, Él resucitó y salió de entre ellos. Más aún, Romanos 1:4 dice que Él fue designado Hijo de Dios no a raíz de la muerte, ni tampoco meramente en resurrección, sino “por la resurrección de entre los muertos”. En otras palabras, hay muchos casos de resurrección, pero un caso de resurrección es único y sobresale entre todos los demás. Ese caso de resurrección, el cual fue único en su género, consistió en que el ser de Cristo fuera designado Hijo de Dios por el Espíritu de santidad. Debemos ser profundamente impresionados por el hecho de que la resurrección del Salvador-Hombre no fue una resurrección ordinaria.

En los siguientes puntos veremos algunos de los hechos referentes a la resurrección, los cuales son muy significativos. A medida que los repasemos uno por uno, debemos orar pidiéndole al Señor que abra nuestro espíritu para que podamos tener el debido aprecio por lo que es la resurrección del Salvador-Hombre.

**A fin de entrar en Su resurrección  
que imparte vida, el Salvador-Hombre  
sufrió una muerte todo-inclusiva  
y con un estatus séptuplo:  
el Cordero de Dios, un hombre en la carne,  
un hombre de la vieja creación,  
la serpiente de bronce,  
el Primogénito de toda creación,  
el Pacificador y un grano de trigo**

A fin de entrar en Su resurrección que imparte vida, el Salvador-Hombre sufrió una muerte todo-inclusiva y con un estatus séptuplo: el Cordero de Dios (Jn. 1:29), un hombre en la carne (Ro. 8:3), un hombre de la vieja creación (1 Co. 15:45), la serpiente de bronce (Jn. 3:14), el Primogénito de toda creación (Col. 1:15), el Pacificador (Ef. 2:15) y un grano de trigo (Jn. 12:24). Éstos son los siete estatus del Salvador-Hombre en Su muerte.

**La resurrección del Salvador-Hombre fue la manera  
en que Dios vindicó y aprobó Su persona  
y Su obra redentora todo-inclusiva  
efectuada mediante Su muerte; Su resurrección  
también fue el éxito que Él obtuvo en todos Sus logros**

La resurrección del Salvador-Hombre fue la manera en que Dios vindicó y aprobó Su persona y Su obra redentora todo-inclusiva efectuada mediante Su muerte; Su resurrección también fue el éxito que Él obtuvo en todos Sus logros (Hch. 2:24; 3:15; 4:10; 5:30; 10:40; 13:30, 33-34, 37; 17:31; 26:8; Jn. 10:17-18; Ro. 4:25). La resurrección consiste en estas tres cosas: primero, es una vindicación; segundo, representa aprobación; y tercero, representa el éxito.

Si el Señor hubiera sido únicamente Dios, no hubiera habido necesidad de vindicación alguna. Por tanto, la vindicación del Señor efectuada por Dios implica que el Señor era un hombre, el cual tenía necesidad de la vindicación de Dios. Si consideramos la muerte del Señor, comprenderemos que el Señor fue entregado a la muerte de la manera más injusta. Él no tenía manera de vindicarse a Sí mismo. Después de que Él fue llevado al tribunal de Pilato, Pilato dijo varias veces: “Ningún delito hallo en este hombre”, pero las voces de la multitud prevalecieron sobre la voz de Pilato (Lc. 23:4, 14, 22-23). Aquello fue muy injusto. Más aún, cuando el Señor era examinado por los líderes judíos, sus acusaciones y cargos contra Él eran injustos. Por ejemplo, se le acusó de llamarse a Sí mismo: el Cristo (22:67). Cuando Él dijo: “Veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder”, ellos le acusaron de proclamarse Hijo de Dios (Mt. 26:63-65; Lc. 22:69-70). Si fuéramos nosotros los que eran examinados, habríamos dicho: “Yo no dije que soy el Hijo de Dios, lo que dije fue que soy el Hijo del Hombre”. Sin embargo, el Señor no se vindicó de este modo. Después, los judíos le llevaron a Pilato y le dijeron: “A éste hemos hallado que pervierte nuestra nación, y que prohíbe pagar tributo a César” (23:2). Si en lugar del Señor, nosotros fuésemos los acusados, habríamos respondido: “Tonterías, lo que yo dije es exactamente lo opuesto. Yo le dije a la gente que debía devolver al César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Mt. 22:21). Sin embargo, una vez más el Señor no se vindicó a Sí mismo. En Mateo 26:61 los líderes judíos acusaron al Señor, diciendo: “Éste dijo: Puedo derribar el templo de Dios”. Si fuéramos nosotros, habríamos dicho: “Yo jamás dije que destruiría el templo;

más bien dije: ‘Destruid este templo, y en tres días lo levantaré’” (Jn. 2:19). Sin embargo, el Señor Jesús no tuvo ocasión de vindicarse a Sí mismo. En lugar de ello, Él fue llevado a la cruz y crucificado. A la postre, sin embargo, Dios le vindicó. Muchas veces somos puestos en situaciones en las cuales queremos vindicarnos, argüir a nuestro favor, y decirles a los demás que las acusaciones que se nos hacen son falsas, injustas e infundadas. Sin embargo, tenemos que comprender que Dios siempre tiene la última palabra. Dios vindicó al Salvador-Hombre. Cuando el Señor fue resucitado, aquella resurrección era la proclamación de Dios, quien decía: “Yo doy el veredicto final y Yo apruebo a esta persona”.

Dios no solamente vindicó al Señor, sino que también aprobó todo cuanto Él hizo. Cuando Él fue traído delante del sanedrín y delante de Pilato, todos vociferaban: “¡Crucifícale, crucifícale!” (Lc. 23:21). Apenas una semana antes Su “índice de aprobación” era del cien por ciento; de hecho, cuando había entrado a Jerusalén, los fariseos se habían lamentado diciendo: “Mirad, el mundo se va tras Él” (Jn. 12:19). Sin embargo, tres días después la gente daba voces, diciendo: “¡Crucifícale!”; por tanto, Su índice de aprobación había bajado a cero. No obstante, por medio de Su resurrección Cristo recibió la aprobación final de parte de Dios. Por tanto, debemos olvidarnos de cuál sea nuestro “índice de aprobación”, pues únicamente a Dios le compete dar la aprobación final.

La resurrección del Salvador-Hombre no sólo representó la aprobación dada por Dios a Su persona y a Su obra todo-inclusiva de redención realizada mediante Su muerte, sino que también puso de manifiesto que Él obtuvo el éxito mediante todos Sus logros. Al resucitar, se le otorgó al Señor el máximo “premio al mérito”. Ningún político de hoy, independientemente de cuán gloriosos, glamorosos o grandiosos hayan sido sus logros, podría coronar los logros de toda su vida mediante la resurrección. Pero en el caso del Señor, Su resurrección fue Su logro supremo.

Romanos 4:25 dice que Él fue “resucitado para nuestra justificación”. Según nuestra manera de pensar, Él murió para nuestra justificación. Sin embargo, supongamos que el Señor solamente hubiera muerto y no hubiese resucitado; Su muerte habría pagado nuestra deuda, pero nosotros no tendríamos certeza alguna de que se efectuó tal pago. El hermano Nee, en su libro *El Evangelio de Dios*, dice que la resurrección del Señor equivalía a que Dios nos extendiera un recibo a

nosotros, con lo cual indicaba que Él había aprobado la muerte del Señor y la había aceptado como pago por nuestra deuda (*El Evangelio de Dios*, págs. 138-140). En otras palabras, ello fue un indicio de que la acción del Señor al pasar por la muerte fue justificada, o validada, por el “sello de aprobación” de parte de Dios. Que Dios resucitase al Señor Jesús era Su manera de decir: “¡Yo lo apruebo!”. En esto estriba nuestra certeza. Algunos quizás sepan que es un hecho que han sido justificados, pero es posible que no tengan la certeza de ello. Únicamente cuando vemos la resurrección de Cristo, o sea, el recibo extendido por Dios con Su sello de aprobación, podemos tener la certeza de haber sido justificados. Por tanto, la resurrección del Señor representó el acto de Dios por el cual Él justificó lo hecho por Jesús.

**La resurrección del Salvador-Hombre  
fue la victoria que Él obtuvo sobre la muerte,  
incluyendo a Satanás, el Hades y la tumba**

La resurrección del Salvador-Hombre fue la victoria que Él obtuvo sobre la muerte, incluyendo a Satanás, el Hades y la tumba (Hch. 2:24; Fil. 3:10a; Ro. 6:9; 2 Ti. 1:10; He. 2:14; 1 Jn. 3:8; Ap. 1:18; cfr. 2 Ti. 4:22). La resurrección tiene dos aspectos. Por un lado, consiste en que Dios resucita a un hombre, Jesucristo; por otro, consiste en que Cristo mismo vence y derrota a todos Sus enemigos. En Juan 10:18 el Señor dijo: “Nadie me la quita [Mi vida], sino que Yo de Mí mismo la pongo. Tengo potestad para ponerla, y tengo potestad para volverla a tomar”.

Al morir, el Señor realizó muchas cosas. Él no permaneció pasivo, Él no permaneció en el Hades por tres días simplemente esperando el tiempo en que sería levantado; más bien, Él fue al Hades a fin de derrotar la muerte, a Satanás, al Hades y prevalecer sobre la tumba misma. Cuando el Señor entró en el Hades, no quiso salir de inmediato. El Señor se demoró un poco en el Hades y allí hizo muchas cosas, tales como proclamar a los espíritus que estaban en prisión (1 P. 3:19).

Cristo mismo por Su propio poder derrotó a Satanás, al Hades y la tumba. Más aún, ese poder, el cual puede derrotar la muerte, está incluido en Su vida de resurrección. Nadie puede derrotar la muerte. La muerte es un enemigo muy poderoso, pero el Señor pudo derrotarla. Con frecuencia, cuando estamos en una situación de muerte, nuestra oración es: “Señor, sácame de esto rápidamente”. Sin embargo, el Señor no oró para salir de la muerte; más bien, Él oró para vencer a

la muerte. Por tanto, Él venció la muerte, a Satanás, al Hades y la tumba. Esto constituyó un gran éxito para el Salvador-Hombre.

**La resurrección del Salvador-Hombre fue Su glorificación**

La resurrección del Salvador-Hombre fue Su glorificación (Jn. 12:23-24; 13:31-32; 17:1; Lc. 24:26; 12:49-50). El mejor ejemplo de la glorificación es el florecimiento de una semilla de clavel. Una semilla de clavel tiene una apariencia humilde, poco atractiva, burda y parece insignificante; pero cuando el cascarón es quebrantado y la vida que estaba dentro de la semilla brota y produce una flor, la semilla es glorificada. Por tanto, su florecimiento es su glorificación. La resurrección de Cristo no consistió meramente en que Él fuese levantado físicamente de su sepulcro; más bien, Su resurrección fue el quebrantamiento de Su cascarón humano al brotar del mismo la vida divina, lo cual resultó en Su glorificación.

En Lucas 12:49-50 el Señor dijo: “Fuego he venido a echar sobre la tierra; y ¡cómo quisiera que ya estuviera encendido! De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!”. ¿Qué era lo que le oprimía o le constreñía? Él estaba constreñido por Su cascarón humano. Su cascarón humano contenía una llama de fuego, y el deseo del Señor era que esta llama de fuego fuera arrojada sobre la tierra a fin de que ardiera en toda la tierra. Esta llama es el fuego de la vida divina, la cual estaba encerrada, encapsulada y aprisionada dentro de Su cascarón humano. Por tanto, cuando Su cascarón humano fue quebrantado, la vida divina dentro de Él se manifestó, y tal manifestación fue la glorificación del Señor. En cierto sentido, Su ascensión no fue tanto Su glorificación como lo fue Su resurrección. Por supuesto, cuando Él ascendió al trono, recibió toda autoridad y el reino, y fue coronado como Señor y Salvador; allí fue glorificado en otro sentido. Sin embargo, algo igualmente significativo y trascendental ocurrió cuando la divinidad de Cristo brotó de Su cascarón humano en Su resurrección. Ésta fue la glorificación de Cristo.

En Juan 12 el Señor afirmó que había llegado la hora para que el Hijo del Hombre fuera glorificado (v. 23). Y de inmediato habló sobre el grano de trigo que cae en tierra y muere, con lo cual daba a entender que la glorificación a la que se refería consistiría en el quebrantamiento de Su cascarón humano y la liberación de la vida divina (v. 24). Podríamos pensar que en estos versículos el Señor únicamente hablaba de Su muerte, pero en realidad, Él se refería tanto a Su muerte como a



Su resurrección. Más adelante, en este mensaje, veremos algo muy significativo: al mismo tiempo que el Señor moría, Él también resucitaba. Por tanto, la muerte y la resurrección ocurrieron al mismo tiempo. Físicamente, el Señor resucitó tres días después de Su crucifixión, pero en realidad, la resurrección se inició en el instante mismo en que Él murió. En Juan 13:31 el Señor nuevamente dijo: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre”. Claramente, se refería al hecho de ir a la cruz. Al ir a la cruz, el Señor sufrió el oprobio; en tal sentido, Su muerte no fue una glorificación; sin embargo, aquella muerte activó la resurrección e hizo que la vida de resurrección fuese liberada del interior del Señor Jesús. Como resultado de ello, cuando Él murió, Su divinidad invadió Su humanidad, introduciéndola, así, en Dios.

#### **La resurrección del Salvador-Hombre fue Su nacimiento como el primogénito Hijo de Dios**

La resurrección del Salvador-Hombre fue Su nacimiento como el primogénito Hijo de Dios (Hch. 13:33; Ro. 1:3-4; 8:29). Él había nacido en Belén, pero después, nació una segunda vez. Al escuchar esto, algunos cristianos podrían pensar que es una herejía. Sin embargo, ésta es la verdad, pues no usamos nuestras propias palabras, sino las de la Biblia. En Hechos 13:33 y Hebreos 1:5 se declara: “Mi Hijo eres Tú, Yo te he engendrado hoy”, en referencia al día de la resurrección de Cristo. Más aún, Romanos 1:4 dice que Cristo fue designado Hijo de Dios en Su resurrección.

La primera estrofa de *Himnos*, #49 dice: “Escuchad en alta esfera: / ‘Gloria al Dios de Israel’. / Gracia y paz trae a la tierra / El recién nacido Rey”; refiriéndose al primer nacimiento de Cristo en Su encarnación. Tal vez sea necesaria otra estrofa que diga: “Escuchad en alta esfera: / ‘Cristo nació en resurrección’”, refiriéndose a Su segundo nacimiento. La primera vez, Cristo nació en un pesebre; la segunda vez, nació como Hijo primogénito de Dios. En Su primer nacimiento, Él era solamente el Hijo unigénito de Dios; en Su segundo nacimiento, Su humanidad fue elevada al ser introducida en la divinidad, y en tal humanidad elevada Él nació como Hijo primogénito de Dios. Esto implica que hay muchos otros hijos, los “muchos nacidos” son hijos de Dios. Cristo es el Primogénito, y nosotros somos quienes nacimos juntamente con Él. Por tanto, no solamente debemos cantar a Cristo, alabándole por Su segundo nacimiento, sino que también debemos cantar alabanzas al Señor a causa de nuestro nacimiento, pues cuando Cristo nació,

nosotros también lo hicimos. En Su resurrección, Cristo nació en Su humanidad para llegar a ser el Hijo primogénito de Dios.

#### **La resurrección del Salvador-Hombre fue Su transfiguración, en la que llegó a ser el Espíritu vivificante para entrar en los creyentes**

La resurrección del Salvador-Hombre fue Su transfiguración, en la que llegó a ser el Espíritu vivificante para entrar en los creyentes (1 Co. 15:45; Jn. 14:16-20). La resurrección de Cristo fue un proceso de transfiguración. Podríamos usar una mariposa a manera de ejemplo. Cuando una mariposa es apenas un pequeño gusano de seda, tiene cierta forma determinada. Después, mediante un proceso, ese gusano de seda es transfigurado y toma otra forma, la que corresponde a una mariposa. La vida, la existencia, y aún el ser mismo de aquel gusano de seda permanecen iguales, pero ahora existe teniendo otra forma. Del mismo modo, Cristo, mediante Su muerte y resurrección, fue cambiado y ahora, habiendo sido hecho el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45), tiene otra forma. Esto es mucho más significativo que ver cómo un gusano de seda se convierte en mariposa, pues esto consiste en que el ser mismo del Señor es cambiado de Su forma humana a la del Espíritu vivificante.

Hoy en día estamos en el mismo proceso de transfiguración. Sobre el monte de la Transfiguración, el cuerpo del Señor fue transfigurado instantáneamente, pero Su transfiguración de existir en la carne a ser hecho el Espíritu vivificante, requería que Él pasara por Su muerte y resurrección. Por tanto, en el *Estudio de vida de Lucas*, el hermano Lee nos explicó que la transfiguración es un proceso (pág. 616). La transfiguración no es meramente un evento puntual, sino un proceso que nos lleva de una forma de existencia a otra.

#### **La resurrección del Salvador-Hombre fue Su germinación en la nueva creación, en la cual impartió la vida divina en Sus creyentes para que ellos fuesen regenerados como los muchos hijos de Dios**

La resurrección del Salvador-Hombre fue Su germinación en la nueva creación, en la cual impartió la vida divina en Sus creyentes para que ellos fuesen regenerados como los muchos hijos de Dios (Jn. 12:24; 1 P. 1:3; Jn. 1:13; 3:15-16; 2 Co. 5:17; Gá. 6:15; Ro. 8:29; He. 2:10). Por Su

muerte y resurrección, el Señor produjo una nueva creación en virtud de la regeneración. La primera creación llegó a existir simplemente por Su poder y por Su palabra, pero la nueva creación vino a existir en virtud de Su vida y mediante un proceso de germinación. No estamos hablando de la resurrección meramente de una manera simbólica. Algunas personas afirman que la resurrección de Cristo fue algo meramente simbólico. Otras, especialmente los cristianos más fundamentales, afirman que en realidad Él resucitó, pero que cuando hablamos de que Él produjo una nueva creación en resurrección, lo hacemos figurativamente. Sin embargo, lo que aquí afirmamos es que cuando Cristo resucitó, en realidad produjo una nueva creación, la cual es tan real como la vieja creación.

La nueva creación es una nueva existencia, una nueva especie, producida por Cristo en Su resurrección. Esta nueva especie posee el elemento de Dios. Esto es lo que hace que la nueva creación sea diferente de la vieja creación. La vieja creación es hermosa, como lo evidencia la asombrosa belleza que vemos en la naturaleza. Sin embargo, ninguna de las cosas propias de la vieja creación posee en ella misma el elemento de Dios. La nueva creación procede de la vieja creación, pero posee el elemento de Dios que le ha sido añadido. Todo el que nació de Adán pertenece a la vieja especie, pero cuando la germinación tiene lugar en nuestro ser, Dios es añadido, y cuando Dios nos ha sido añadido, llegamos a ser la nueva creación.

Fue mediante Su resurrección que el Salvador-Hombre hizo germinar la nueva creación a fin de impartir la vida divina al ser mismo de Sus creyentes para que éstos fueran regenerados como los muchos hijos de Dios. Mediante la resurrección nosotros llegamos a ser una nueva especie. Cristo mismo es el prototipo. Él es la simiente, la propia fuente y esencia, de esta nueva creación. El Primogénito es el prototipo de esta nueva especie, y el Espíritu vivificante es su realidad. Más aún, nuestra regeneración es el nacimiento que nos hace parte de esta nueva especie.

#### **La resurrección del Salvador-Hombre fue Su propagación, para producir a la iglesia como Su reproducción**

La resurrección del Salvador-Hombre fue Su propagación, para producir a la iglesia como Su reproducción (Jn. 12:24; 1 Co. 10:17; Ef. 1:20-23). Mediante Su resurrección tuvo lugar una propagación, y esta propagación no fue meramente la propagación de palabras. En cierta ocasión, el hermano Lee se esforzaba por ayudar a un joven a entender

que existe algo llamado resurrección. Nuestro hermano le pidió a este joven que mirase los campos de trigo que se divisaban a través de la ventana y, entonces, le explicó que siempre que vemos un campo lleno de vida uno puede percatarse de que existe algo llamado la resurrección (*Estudio-vida de Génesis*, pág. 805).

Hoy en día Cristo está propagándose. Originalmente, había únicamente un solo Dios-hombre maravilloso, pero ahora este Dios-hombre, en quien la divinidad y la humanidad están mezcladas, está siendo duplicado, o propagado. En los cuatro Evangelios había solamente un grano de trigo, pero en Hechos ese único grano se ha convertido en muchos otros granos, y no en cosas de otra índole. En otras palabras, todos los muchos granos son exactamente iguales al grano original. El único grano está siendo propagado muchas veces para producir muchos granos.

La resurrección del Salvador-Hombre fue Su propagación para producir la iglesia como Su reproducción. Esta propagación no es la propagación de un Dios simple, sino de la divinidad mezclada con humanidad. Como veremos en el siguiente punto, mientras el Señor, el primer grano, vivía, también moría. Él había “nacido crucificado”. Por tanto, toda Su vida fue un proceso de crucifixión. Esto también implica que en Su duplicación, Él produce a muchos que han sido “regenerados crucificados”. Cuando éstos mueren, viven; y cuando viven, viven para morir.

#### **La resurrección del Salvador-Hombre resultó en que Él pudiera vivir en nosotros; Él vive en nosotros para que nosotros podamos vivir por Él y ser Su reproducción**

La resurrección del Salvador-Hombre resultó en que Él pudiera vivir en nosotros; Él vive en nosotros para que nosotros podamos vivir por Él y ser Su reproducción (Jn. 14:19-20; Gá. 2:20). En Juan 14:19 el Señor dijo: “Vosotros me veis”. ¿Cómo es que la gente le ve? En el versículo 9 Él dijo: “El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre”, con lo cual daba a entender que cuando uno ve a Cristo, ve al Padre. Asimismo, en el versículo 19 el Señor dice: “Vosotros me veis; porque Yo vivo, vosotros también viviréis”. Esto quiere decir que en nuestro vivir, el cual es el vivir de Cristo, la gente puede ver a Cristo.

“Vosotros me veis; porque Yo vivo, vosotros también viviréis”. Hoy en día Cristo vive, Él vive en nosotros. No somos meramente Sus



representantes o Sus sustitutos. Somos el vivir de Cristo, nuestro vivir es Su vivir, y el hecho de que Cristo viva en nosotros hace que la gente pueda verlo. Esto es lo que significa Juan 14:19: Él vive en nosotros de tal modo que vivamos por Él a fin de ser Su reproducción.

**LA RESURRECCIÓN DEL SALVADOR-HOMBRE  
EMPEZÓ MIENTRAS ÉL MORÍA, ASÍ COMO LA RESURRECCIÓN  
DE UN GRANO DE TRIGO EMPIEZA CON SU MUERTE;  
MIENTRAS ÉL MORÍA EXTERNAMENTE,  
ESTABA RESUCITANDO INTERNAMENTE**

La resurrección del Salvador-Hombre empezó mientras Él moría, así como la resurrección de un grano de trigo empieza con su muerte; mientras Él moría externamente, estaba resucitando internamente (Jn. 12:24; 1 P. 3:18). En 1 Pedro 3:18 se nos dice: “Cristo padeció [...] siendo muerto en la carne, pero vivificado en el Espíritu”. En la cruz Cristo estaba siendo muerto en Su cuerpo; no obstante, Él era vivificado en el Espíritu. La muerte y la resurrección no ocurrieron de manera consecutiva, una después de la otra, sino de manera simultánea. Mientras Su cuerpo era muerto, Él era vivificado en el Espíritu. Según lo dicho por el Señor en Juan 12:24, cuando una semilla es sembrada en la tierra, a medida que muere, vive; y en la muerte de la semilla, la vida comienza a brotar y crecer. El pensamiento de Pedro es el mismo, no es que Cristo esperara a que la muerte de Su cuerpo concluyera para ser vivificado en Su Espíritu.

Lo que comúnmente pensamos es que Cristo primero murió y, tres días más tarde, resucitó. Pero en realidad, Su resurrección tenía lugar mientras Él moría. Mientras moría externamente en la carne, en Su Espíritu Él era vivificado. En el griego la palabra que se tradujo “vivificado” en 1 Pedro 3:18 es la misma que se tradujo como “vivificante” en la expresión *Espíritu vivificante* (1 Co. 15:45). Sabemos que Cristo llegó a ser el Espíritu vivificante en Su resurrección, pero 1 Pedro 3:18 afirma que mientras Él moría, ya estaba siendo vivificado en el Espíritu. Por tanto, tenemos que ver que Su resurrección comenzó mucho antes de lo que comúnmente pensamos. Él comenzó a resucitar cuando comenzó a morir.

A medida que avancemos en este mensaje, veremos que, en realidad, tanto la muerte de Cristo como Su resurrección comenzaron en el momento de Su nacimiento. Él nació crucificado, y mientras vivía, moría. El hermano Lee dijo que la muerte del Señor Jesús es un proceso,

y no un evento. Mientras Él vivía, moría; si bien al mismo tiempo que moría, Él vivía por la resurrección dentro de Él.

Ésta no es meramente una doctrina, pues todos hemos tenido algunas experiencias de esto. En Hechos 2 Pedro testificó sobre la resurrección de Cristo. En los versículos 25 y 26 él citó el salmo 16 al decir: “Veía al Señor siempre delante de mí, porque está a mi diestra, para que yo no sea conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró, y exultó mi lengua, y aun mi carne descansará en esperanza”. He aquí la declaración hecha por Cristo en Su resurrección, pero antes de la resurrección de Su cuerpo físico. Mientras Él todavía estaba en el sepulcro, no sufría ni estaba ansioso por salir de allí; más bien, Su corazón se regocijaba, Su lengua exultaba y Su carne, que estaba en el sepulcro, descansaba en esperanza.

Hace unos años pasé por una experiencia muy difícil. Al verme en tal situación oré: “Señor, sácame de esta situación tan pronto como sea posible”; pero en lugar de ello, el Señor me mostró este pasaje donde se nos da a entender que el Señor se demoró en Su sepulcro. En toda mi vida, jamás había tenido que internarme en un hospital o ser sometido a una cirugía, hasta que contraí una grave dolencia. El médico me ordenó seguir un tratamiento que consistía de treinta y tres regímenes que debían ser administrados durante un período muy prolongado de tiempo. Por tanto, traté de prepararme para tal clase de tratamiento e incluso tuve comunión con un hermano que había pasado por una experiencia similar. No obstante, cuando el tratamiento comenzó, yo no estaba preparado. Tal parece que experimenté casi todos los efectos secundarios negativos. Uno de ellos era que se me hacía extremadamente difícil ingerir los alimentos, me sentía como si estuviera ingiriendo cuchillos. A la postre, dejé de comer alimentos sólidos y mi actividad de todo el día consistía en consumir ocho tazas de una bebida nutricional. Me obligaba a ingerir una taza para luego descansar y prepararme para la siguiente. Incluso hice una tabla para contar las bebidas que lograba ingerir en el día, el número de días para cada régimen y el número total de regímenes, para así poder saber cuánto me faltaba para salir de mi “Hades” personal. Fue una experiencia terrible, pero en medio de tal experiencia, el Señor me llevó a leer Hechos 2:26. Pude ver entonces que el Señor se demoró en el Hades y que Él podía decir: “Mi corazón se alegró, y exultó Mi lengua, y aun Mi carne descansará en esperanza”. Estoy seguro de que hay quienes han pasado por experiencias aún peores que la mía, experiencias en las que ellos sentían como si su alma

estuviera en el Hades. A continuación, los versículos 27 y 28 dicen: “Porque no abandonarás mi alma en el Hades, ni permitirás que Tu Santo vea corrupción. Me hiciste conocer los caminos de la vida; me llenarás de gozo con Tu presencia”.

Después de Su muerte y antes de Su resurrección, el Señor estaba lleno de gozo y tal parecía que se demoraba allí. El hermano Lee dijo que Él estaba haciendo una gira por el Hades. En Su muerte Cristo primero puso la vida de Su alma, pero al mismo tiempo, Su Espíritu, que era Su divinidad, era vivificado. Después de Su muerte en la carne, Cristo, en Su Espíritu fortalecido, fue al Hades e hizo una proclamación a los ángeles caídos (1 P. 3:19). Después de pasar algún tiempo allí, Él levantó Su cuerpo físico y salió del sepulcro. Por tanto, al orar no debiéramos pedir que se nos provea un escape del Hades, sino que se nos dé la capacidad para exaltar; no debiéramos pedirle al Señor que nos libere de nuestra situación, sino que prevalezcamos sobre ella. Esto es la resurrección. La resurrección no nos libera de nuestras circunstancias, sino que prevalece sobre ellas.

Hay una oración en un libro del hermano Lee, *The Christian Life* [La vida cristiana], sobre la cual he reflexionado por mucho tiempo: “La vida puede ser subyugada por la muerte, pero la resurrección conquista la muerte” (pág. 76). Yo siempre había pensado que la vida no puede ser subyugada por la muerte. Sin embargo, cuando el Señor se entregó a quienes le crucificaron, fue subyugado por la muerte. Es posible que la muerte esté ganando por un tiempo, pero finalmente, la resurrección conquista la muerte y la vence. La vida está en un nivel, mientras que la muerte está en un nivel superior, pues puede subyugar a la vida; sin embargo, la resurrección es lo más elevado y puede vencer la muerte y conquistarla. Cristo no es meramente vida, Él es la resurrección y la vida (Jn. 11:25). Lo que necesitamos no es meramente vida, sino resurrección. Tenemos necesidad de experimentar la resurrección día a día. Nuestra vida puede ser vencida, subyugada, por la muerte; pero la resurrección puede vencer sobre cualquier clase de muerte. Más aún, la resurrección es Cristo, pues Él dijo: “Yo soy la resurrección y la vida”.

Tal vez pensemos que en la resurrección de Cristo, el poder de Su resurrección se manifestó cuando Él salió de Su sepulcro; pero en realidad, ese poder comenzó a manifestarse en el momento de Su muerte. En Mateo 27 se nos relatan cinco cosas que ocurrieron cuando Cristo murió, es decir, en el instante en que el cascarón de Su humanidad era quebrantado. Los versículos 51 y 52 dicen: “El velo del templo se rasgó

en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron”. Estas cosas no sucedieron cuando el Señor resucitó físicamente, sino cuando Él murió en Su cuerpo físico. Más aún, en Juan 10:17 el Señor dijo: “Yo pongo Mi vida, para volverla a tomar”. Así pues, Él puso Su vida con el propósito de volverla a tomar.

**Por un lado, el Salvador-Hombre vivía para morir,  
y por otro, estaba muriendo para vivir**

Por un lado, el Salvador-Hombre vivía para morir (Lc. 12:49-50) y, por otro, estaba muriendo para vivir (1 Co. 15:35-36). Mientras vivía, Él moría, y mientras moría, vivía. Estas dos cosas sucedían simultáneamente. Más aún, Cristo no solamente vivía en resurrección después de haber resucitado, ni solamente murió cuando fue crucificado. Más bien, por treinta y tres años y medio, mientras vivía, moría. Él moría a Su propia alma, Su propio yo. No obstante, al mismo tiempo, Él vivía. El hermano Lee, en su libro, *The Christian Life*, hace referencia a un libro de L. E. Maxwell titulado *Born Crucified* [Nacido crucificado] (págs. 128-138). En ese libro, el autor afirma que todos nosotros fuimos “regenerados crucificados”. En el momento en que fuimos regenerados, también entramos en la muerte de Cristo. Pero esto no debiera preocuparnos, pues al mismo tiempo que entrábamos en tal muerte, también ingresábamos en la resurrección de Cristo. Por tanto, no debemos pedirle al Señor que nos rescate de la situación en la que nos encontramos; pues de ser así, ya no moriríamos. Es cuando morimos que vivimos.

**Antes de Su muerte física, Cristo ya era la resurrección;  
mientras Él vivía en su vida humana,  
estaba resucitando por medio de la muerte;  
Él es el Salvador-Hombre que muere para vivir,  
y también es el Salvador-Hombre que vive al morir**

*La muerte de Cristo significa que cuando Cristo vivió en la tierra,  
Él continuamente se rechazaba a Sí mismo;  
Él llevó una vida en la que se negaba a Sí mismo  
y vivía por el Padre*

Antes de Su muerte física, Cristo ya era la resurrección (Jn. 11:25); mientras Él vivía en su vida humana, estaba resucitando por medio de la muerte; Él es el Salvador-Hombre que muere para vivir, y también es

el Salvador-Hombre que vive al morir. La muerte de Cristo significa que cuando Cristo vivió en la tierra, Él continuamente se rechazaba a Sí mismo; Él llevó una vida en la que se negaba a Sí mismo y vivía por el Padre (6:57; 5:19; 4:34; 17:4; 14:10, 24; 5:30; 7:18).

*Él llevó una vida en la que el  
pesebre fue el comienzo y la cruz fue el final;  
cuando fue bautizado, Él reconoció y declaró que,  
como hombre en la carne, en Su humanidad,  
no servía para otra cosa que morir y ser sepultado*

Él llevó una vida en la que el pesebre fue el comienzo y la cruz fue el final (Lc. 2:12; 23:23-46); cuando fue bautizado, Él reconoció y declaró que, como hombre en la carne, en Su humanidad (Jn. 1:14; Ro. 8:3), no servía para otra cosa que morir y ser sepultado (Mt. 3:13-17). Hemos sido impresionados por la humanidad del Señor con el más alto nivel de moralidad. Aunque el Señor nació con una humanidad perfecta, puso tal humanidad a un lado. No vivió por Su humanidad perfecta, sino por la vida del Padre. Después de leer estos mensajes, no debemos tomar la determinación de ser como Cristo, pues eso sería meramente procurar imitar a Cristo en nuestra vida natural. Tenemos que comprender que cuando Cristo se vistió de humanidad, incluso una humanidad maravillosa y perfecta, Él, no obstante, tuvo que hacer a un lado dicha humanidad. Cuando Cristo salió de las aguas del bautismo, Él permaneció en la realidad de Su bautismo. El bautismo de Cristo tampoco fue solamente un evento ocurrido una sola vez y para siempre. Toda Su vida consistió en ejercitarse en la realidad de Su bautismo y en vivir de continuo en dicha realidad. Así pues, Su bautismo también fue un proceso, y Él vivió continuamente en la realidad de ese bautismo. Al ser bautizado, Él reconocía y declaraba que como hombre en la carne, en Su humanidad, Él no servía sino para morir y ser sepultado.

*Aunque Su vida humana era muy pura y muy santa,  
Él no vivió mediante esa vida,  
sino que la puso a un lado, la puso en la muerte,  
y vivió por la vida del Padre*

Aunque Su vida humana era muy pura y muy santa, Él no vivió mediante esa vida, sino que la puso a un lado, la puso en la muerte, y vivió por la vida del Padre. Éste es el significado intrínseco de la vida que el Señor llevó sobre la tierra. Él no solamente era bueno y perfecto, sino

que era un hombre que puso a un lado Su humanidad perfecta de tal modo que pudiese vivir por la vida del Padre. Tenemos que ser impresionados con el hecho de que la muerte y la vida operaban simultáneamente dentro de Él.

El Espíritu compuesto, tipificado por el ungüento compuesto descrito en Éxodo 30, se halla compuesto por los elementos de la muerte y la resurrección de Cristo. Cuando recibimos un elemento, recibimos todos los otros elementos, pues todos ellos están incluidos en el Espíritu compuesto. De la misma manera que operaba en Cristo, este Espíritu ahora opera dentro de nosotros. Este Espíritu contiene tanto la muerte como la vida, que siempre van juntas. La muerte trae la vida, pero la vida también trae la muerte.

*El hecho de que Él “[levantara] los ojos al cielo”  
significa que era uno con el Padre,  
pues confiaba en el Padre como la fuente de bendición*

El hecho de que Él “[levantara] los ojos al cielo” significa que era uno con el Padre, pues confiaba en el Padre como la fuente de bendición (Lc. 9:16; Jn. 10:30). El hermano Lee, en su libro *El vivir del Dios-hombre*, afirma que el vivir del Dios-hombre que Cristo llevó transcurrió desde el pesebre hasta la cruz (pág. 26). Tal fue la vida y el vivir del primer Dios-hombre. Con respecto a la manifestación del vivir del Dios-hombre, el hermano Lee no habla en su libro de los milagros que Cristo realizó, sino de cómo se comportó al realizar tales milagros. Antes de alimentar a los cinco mil, no puso Su confianza en Su propia capacidad, sino en el Padre como la fuente. Después, habiendo alimentado milagrosamente a los cinco mil, no se regodeó en el éxito de Su milagro, de Su obra; más bien, hizo que las multitudes lo dejaran y “subió al monte, a solas, a orar; y cuando llegó la noche, estaba allí solo” (Mt. 14:23). Esto nos muestra que Su vivir como Dios-hombre era más importante y precioso que Sus milagros.

Suponga que yo fuera capaz de alimentar cinco mil personas pero no pusiera mi mirada en el Señor, sino que confiase en mi propio don, en mi propia capacidad. A los ojos de Dios, aquel milagro no tendría valor alguno. Por otro lado Cristo, antes de realizar tal milagro, levantó Sus ojos a los cielos, al Padre. Esto indica que no importa cuán capaces podamos ser en nuestro ministerio y obra, tenemos que poner nuestros ojos en el Señor, en nuestra única fuente de bendición. Tal vez algunos digan: “Sabemos cómo ser los padres”, pero tenemos que comprender

que no importa cuán capaces seamos, Dios sigue siendo la única fuente de bendición. Jamás debiéramos considerar nuestra propia capacidad, sino que siempre debiéramos poner nuestros ojos en el Señor, quien es la fuente.

Éste es el verdadero significado de la oración. Cuanto más comprendamos que no podemos lograr algo por nosotros mismos, más sentiremos la necesidad de orar. La oración simplemente significa que nosotros no somos, pero que Él es. Nosotros no somos quienes hacemos el milagro, tampoco somos los verdaderos padres, ni somos aquellos capaces de llevar a cabo cualquier cosa que Dios desee; pero Él es todo esto.

*Él no hizo nada por Sí mismo, no buscó Su propia voluntad,  
sino la voluntad del Padre que lo envió, tampoco buscó  
Su propia gloria, sino la gloria del Padre que lo envió*

Él no hizo nada por Sí mismo (5:19), no buscó Su propia voluntad, sino la voluntad del Padre que lo envió (v. 30b), tampoco buscó Su propia gloria, sino la gloria del Padre que lo envió (7:18). Cristo era una persona completamente libre de Su yo. Él era absolutamente uno con el Padre y con la voluntad del Padre. No hizo nada por Sí mismo, no procuró Su propia voluntad ni Su propia gloria. Por tanto, en este mensaje estamos considerando la clase de vida que Cristo vivió, con lo cual no sólo nos referimos a Su maravillosa humanidad, sino también a la vida que muere para vivir y vive para morir. Ésta es la vida cristiana auténtica y normal.

Cuando se trata de hacer algo, hay tres clases de personas: la primera hace las cosas sin pensar, actúa meramente por impulso. La segunda hace las cosas pensando, siempre actúa racionalmente. La tercera hace las cosas pensando demasiado. Sin embargo, el Dios-hombre no pertenecía a ninguna de estas categorías, el Dios-hombre lo hacía todo por medio de la oración.

**CUANDO FUIMOS REGENERADOS POR EL SALVADOR-HOMBRE  
RESUCITADO COMO ESPÍRITU VIVIFICANTE,  
“NACIMOS CRUCIFICADOS”;  
AHORA QUE FUIMOS “REGENERADOS CRUCIFICADOS”,  
ESTAMOS MURIENDO PARA VIVIR Y VIVIENDO AL MORIR**

Cuando fuimos regenerados por el Salvador-Hombre resucitado como Espíritu vivificante, “nacimos crucificados”; ahora que fuimos “regenerados crucificados”, estamos muriendo para vivir y viviendo al

morir (3:5-6; Gá. 2:20). Esto es lo que Cristo hacía en Su condición de grano de trigo. En cierto sentido, Cristo no fue sepultado en Su muerte, sino en Su nacimiento. El momento en que Él empezó a vivir, comenzó a ser sepultado, y mientras era sepultado, era vivificado. Cuando comencé a reflexionar sobre este punto, vino a mi memoria la hermana M. E. Barber. Ella fue una semilla que el Señor sembró en China, como tal, ella produjo mucho fruto, muchas cosechas. Ella escribió un himno sobre la semilla que es sepultada en la tierra. Esta semilla que ha sido sembrada no trató de escapar; más bien, permaneció enterrada y, al final, produjo una cosecha. El himno dice:

¿Sepultada? Sí, pero semilla es  
De la cual continentes enteros se alimentarán;  
Millones bendecirán el día aquel  
Cuando aquella semilla sembrada fue.

¡Enterrada! ¡Escondida! ¡Sin poder ser vista!  
Mora en lo profundo de la noche;  
Bajo el suelo lo pierde todo,  
Excepto a su Dios.

Sepultada, olvidada, perdida  
Eso piensa el hombre, pero Dios  
El costo estimó para, un día feliz,  
Abundante vida exhibir.

¿Estás sepultada, simiente pura de Dios?  
¿Sangra en silencio tu corazón?  
Cambia tu lamento en cántico,  
Pues sólo así cosechas vendrán.

La primera estrofa dice: “Millones bendecirán el día aquel / Cuando aquella semilla sembrada fue”. Nuestro hermano Watchman Nee fue sepultado en prisión por veinte años, pero cuando el fue puesto allí, la tierra entera fue bendecida. Cuando nos encontramos en una situación de muerte, nuestro corazón podrá sangrar en silencio, pero en tales ocasiones, el Espíritu dentro de nosotros cambiará nuestro lamento en canto. En cierto sentido, cuando el Señor estaba en el Hades, todo lamento fue cambiado en cántico.

Fuimos “regenerados crucificados”, morimos para vivir y vivimos al morir. Juan 3:5 y 6 hablan de nacer del agua y del Espíritu. Por un lado, esto representa el evento único de nuestra regeneración; por otro,

también denota el modelo para toda nuestra vida. Toda nuestra vida cristiana debe ser vivida de continuo bajo las aguas del bautismo. Tito 3:5 habla del lavamiento de la regeneración. Hoy en día este proceso de regeneración continúa renovándonos, conduciéndonos de la vieja creación a la nueva creación. Continuamente tenemos necesidad del agua que nos aniquila y del Espíritu vivificante a fin de morir para vivir. Si no tenemos al Espíritu, entonces meramente moriremos, pero si tenemos al Espíritu, la muerte no será el fin. Cuando tenemos al Espíritu, morimos para vivir.

***Morir para vivir significa vivir  
bajo la operación de la crucifixión de Cristo;  
por un lado, Pablo había sido aniquilado,  
crucificado, pero por otro, un Pablo resucitado,  
alguien que había sido regenerado,  
continuaba viviendo; Cristo vivía en él, y él vivía a Cristo***

*Morir para vivir* significa vivir bajo la operación de la crucifixión de Cristo; por un lado, Pablo había sido aniquilado, crucificado, pero por otro, un Pablo resucitado, alguien que había sido regenerado, continuaba viviendo; Cristo vivía en él, y él vivía a Cristo (Gá. 2:20; Fil. 1:21a). Quizás estemos familiarizados con Gálatas 2:20 que dice: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Sin embargo, ser crucificados juntamente con Cristo no es un evento que ocurre una sola vez; en realidad, constante y continuamente vivimos en la realidad de ser crucificados juntamente con Cristo. El versículo luego dice: “Y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí”. Aunque “ya no vivo yo”, “ahora vivo”. Esto quiere decir que continuamente morimos y continuamente vivimos. Ésta es la esencia de la vida cristiana. Romanos 6:4 dice: “Hemos sido, pues, sepultados juntamente con Él en Su muerte por el bautismo”. ¿Qué implica *Su muerte* en este versículo? La muerte de Cristo no es un evento que ocurrió una sola vez, sino un proceso en el cual morimos. Por tanto, en este versículo, *Su muerte* implica que por medio del bautismo entramos a participar del proceso que es Su muerte. Su muerte no es solamente eficaz, sino también continua.

Cuando hablamos de experimentar la muerte de Cristo, no hablamos de ascetismo, sino de la vida cristiana. La vida cristiana es un proceso que consiste en permanecer en la muerte de Cristo. Filipenses

1:20 dice: “Conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte”. Aquí, *como siempre* implica continuamente. Más aún, en Lucas 9:23 se nos insta a tomar nuestra cruz diariamente; no es, pues, un evento que ocurra una sola vez.

En 2 Corintios 4:10 Pablo dice: “Llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos”. Esto indica que Pablo llevaba continuamente en su cuerpo el efecto aniquilador de la muerte de Jesús. Éste no era un evento “heroico” que ocurría una sola vez, sino que formaba parte de su diario vivir. Esto es ser conformados a la muerte de Cristo (Fil. 3:10). Pablo deseaba ser conformado a la muerte de Cristo a fin de que siempre que los demás lo observasen, ellos pudieran ver en él tanto el morir de Jesús como el vivir de Jesús. Esto implica que la muerte es un proceso continuo.

***Así como Cristo, el único grano como prototipo,  
cayó en la tierra para morir, también nosotros,  
los muchos granos como la reproducción masiva,  
debemos seguirle y caer en la tierra para morir,  
ejercitándonos continuamente para rechazar al yo y vivir  
mediante otra vida, la vida del Salvador-Hombre***

Así como Cristo, el único grano como prototipo, cayó en la tierra para morir, también nosotros, los muchos granos como la reproducción masiva, debemos seguirle y caer en la tierra para morir, ejercitándonos continuamente para rechazar al yo y vivir mediante otra vida, la vida del Salvador-Hombre (Jn. 12:24-26; Lc. 9:23-25; Col. 3:4a). Si no vemos claramente que Aquel único grano de trigo murió para vivir y que esto no es un evento que ocurre una sola vez sino un proceso continuo; entonces no sabremos que nosotros, Su duplicación, Su reproducción masiva, también debemos morir para vivir.

***Cuando no vivimos por nuestra vida natural,  
sino que vivimos por Él  
como la vida que está dentro de nosotros,  
estamos en resurrección; nosotros morimos para vivirle,  
y Él vive en virtud de que morimos***

Cuando no vivimos por nuestra vida natural, sino que vivimos por



Él como la vida que está dentro de nosotros, estamos en resurrección; nosotros morimos para vivirle, y Él vive en virtud de que morimos (Gá. 2:20; 6:17; 1 Co. 15:31, 36). En nuestro diario vivir, muchas veces dejamos el altar de nuestra consagración; esto es, dejamos la cruz. Sin embargo, hay una vida en nuestro interior que continuamente muere para vivir, a fin de que nosotros también vivamos al morir. En 1 Pedro 2:24 se nos dice que por Su herida fuimos sanados, dándonos a entender que en la muerte de Cristo se encuentra el factor de sanidad. Esta sanidad es un proceso continuo. A medida que permanecemos en las aguas de la muerte de Cristo, Su muerte continuamente nos sana, llevándose toda nuestra amargura. Reitero, esto no es un evento que ocurre una sola vez; por tanto, tenemos que abrirnos al Señor continuamente. A medida que la cruz sea continuamente aplicada a nuestro ser, ella nos sanará poco a poco.

**Debemos seguir el modelo establecido por el Señor Jesús, quien llevó una vida crucificada para expresar la vida divina, manifestando en su vivir los atributos divinos como virtudes humanas; seguirle intrínsecamente como nuestro modelo que mora en nosotros equivale a llevar en nuestro cuerpo las marcas de Jesús por medio de la gracia de Cristo**

Debemos seguir el modelo establecido por el Señor Jesús, quien llevó una vida crucificada para expresar la vida divina, manifestando en su vivir los atributos divinos como virtudes humanas; seguirle intrínsecamente como nuestro modelo que mora en nosotros equivale a llevar en nuestro cuerpo las marcas de Jesús por medio de la gracia de Cristo (v. 21; Gá. 6:17-18). Nosotros seguimos el modelo del Señor Jesús, pero no como quien lo imita; más bien, Él es la vida en nosotros y, como tal, Él tiene cierta forma de vida, la cual es nuestro modelo orgánico. Al ser conformados por esta vida, esta forma vital, somos conformados al modelo representado por el vivir de Cristo sobre la tierra.

**Debemos disfrutar de la preciosa muerte de Cristo con su dulzura y eficacia, y de la preciosa resurrección de Cristo con su poder repelente en Cristo como el Espíritu compuesto, con miras a la vida de iglesia**

Debemos disfrutar de la preciosa muerte de Cristo con su dulzura y

eficacia, y de la preciosa resurrección de Cristo con su poder repelente en Cristo como el Espíritu compuesto, con miras a la vida de iglesia (Éx. 30:22-25; 1 Co. 15:45; Ro. 14:17-18; cfr. Dt. 8:7-8). Aquí hacemos referencia al Espíritu compuesto, la realidad del ungüento compuesto descrito en Éxodo 30. Dentro de ese Espíritu compuesto, están la muerte y la resurrección de Cristo. No podemos experimentar una sin la otra. Cuando aplicamos una, ambas llegan a ser nuestra experiencia. Por tanto, en cierto sentido, la experiencia cristiana es tanto positiva como negativa. Nuestra experiencia cristiana no siempre es positiva en su totalidad. De hecho, con mucha frecuencia tiene un sentido negativo, pues involucra nuestra continua experiencia de morir constantemente; pero, al mismo tiempo, es siempre positiva, porque nos lleva a la vida abundante como cosecha. Todo esto está representado por el único grano, el cual Dios reproduce en todos Sus creyentes. Deuteronomio 8:7 dice: “Jehová, tu Dios, te introduce en la buena tierra, tierra de arroyos, de aguas, de fuentes y de manantiales, que brotan en vegas y montes”. La buena tierra no sólo tiene montañas, sino también valles; pero en los valles encontramos fuentes y manantiales.

**MEDIANTE EL PODER DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO,  
SOMOS CAPACITADOS PARA MORIR CADA DÍA,  
PARA TOMAR NUESTRA CRUZ CADA DÍA,  
SIENDO CONFIGURADOS A LA MUERTE DE CRISTO  
MEDIANTE EL ESPÍRITU COMO EL PODER  
Y LAS RIQUEZAS DE SU RESURRECCIÓN  
POR EL BIEN DE SU CUERPO**

Mediante el poder de la resurrección de Cristo, somos capacitados para morir cada día, para tomar nuestra cruz cada día, siendo configurados a la muerte de Cristo mediante el Espíritu como el poder y las riquezas de Su resurrección por el bien de Su Cuerpo (Fil. 3:10; 1 Co. 15:31; Lc. 9:23; cfr. Cnt. 2:8-14; Os. 6:1-3). En 1 Corintios 15:31 Pablo dice: “Cada día muero”, y después, en Filipenses 3:10 habla sobre el poder de la resurrección de Cristo. Por un lado, tenemos el hecho de que Cristo ha logrado la resurrección; pero por otro, tenemos que vivir diariamente en la realidad de Su resurrección al ser conformados a Su muerte. Esto puede ser logrado únicamente por el Espíritu que es tanto el poder de Su resurrección como las riquezas de Su resurrección. El poder para ser conformados a la muerte de Cristo se halla en el Espíritu vivificante. Cuando andamos según el Espíritu y estamos llenos de este Espíritu, somos capacitados para llevar una vida que consiste en morir



para vivir. Es en el poder de la resurrección de Cristo que podemos ser conformados a Su muerte. Así pues, para nosotros, la resurrección viene primero, y después la muerte, debido a que Él es la resurrección y la vida.

En Cantares 2:8-14 Cristo es retratado como una gacela o como un joven cervatillo que salta sobre los montes y brinca sobre los collados. Éste es Cristo en el poder de Su resurrección. Después, el versículo 14 habla de que estamos en las grietas de la roca, en lo escondido de escarpados parajes. Es cuando vemos a Cristo en Su resurrección como el Espíritu vivificante que podemos permanecer en Su muerte, en lo escondido de escarpados parajes y en las grietas de la roca. Entonces, Su muerte se convierte para nosotros en un lugar dulce y placentero, y no un lugar de sufrimiento, un lugar que queremos dejar.

**La realidad de la resurrección  
es el Cristo pneumático,  
quien como el Espíritu consumado  
mora en nuestro espíritu  
y está mezclado con él**

La realidad de la resurrección es el Cristo pneumático, quien como el Espíritu consumado mora en nuestro espíritu y está mezclado con él (Jn. 20:22; 1 Co. 15:45b; 6:17). Consideremos al Cristo pneumático, al Cristo que, en la carne, llevó una vida en resurrección. Este Cristo ha sido procesado para ser el *pnéuma* por medio de Su muerte y resurrección, y ahora Él, como la realidad de la resurrección, vive la misma clase de vida dentro de nosotros. El Cristo pneumático como Espíritu consumado mora en nuestro espíritu y está mezclado con él.

**Es al estar en este espíritu mezclado  
que somos partícipes de la resurrección de Cristo  
y la experimentamos, lo cual nos capacita  
para ser uno con la obra de la cruz,  
a fin de ser librados del yo y ser transformados  
en un nuevo hombre en la nueva creación de Dios  
para que se lleve a cabo la economía de Dios  
en la edificación del Cuerpo orgánico de Cristo**

Es al estar en este espíritu mezclado que somos partícipes de la resurrección de Cristo y la experimentamos, lo cual nos capacita para ser uno con la obra de la cruz, a fin de ser librados del yo y ser

transformados en un nuevo hombre en la nueva creación de Dios para que se lleve a cabo la economía de Dios en la edificación del Cuerpo orgánico de Cristo (Ro. 8:2, 4, 6, 13; 12:1-2, 11). Romanos 8:13 da a entender que es por el Espíritu que hacemos morir los hábitos del cuerpo, las obras de la carne. Ser un cristiano no consiste en recurrir al ascetismo, sino en identificarse con Cristo, ser uno con Él. Cuando somos uno con Él, Su muerte es aplicada a los hábitos de nuestro cuerpo y, al mismo tiempo, nosotros somos hechos partícipes de Su vida de resurrección.

En el capítulo 9 del libro *The Christian Life*, el hermano Lee nos da cinco versículos que nos muestran de qué manera podemos cooperar diariamente con el Espíritu que opera en nuestro ser a fin de aniquilar a nuestro hombre natural mediante la obra aniquiladora del Espíritu. Al cooperar con el Espíritu que opera en nosotros, simultáneamente a nuestro hombre natural se le dará muerte y nosotros experimentaremos la resurrección. El primer versículo es 2 Corintios 4:16, que dice: “Por tanto, no nos desanimamos; antes aunque nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día”. Nuestro hombre exterior decae constantemente, tanto física como psicológicamente, pero debemos saber que nuestro hombre interior se renueva simultáneamente.

El segundo versículo es 2 Corintios 4:10, que dice: “Llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos”. Hemos visto que Pablo llevaba en su cuerpo la muerte de Jesús, el efecto aniquilador de la muerte de Jesús. Esto puede sucedernos a través de nuestro entorno, o también podría venir a nosotros mediante aquellas personas que son muy cercanas a nosotros. Estas personas podrían convertirse en “cuchillos” que aniquilan nuestro hombre natural; pero tenemos que recordar que mientras somos aniquilados, también somos resucitados.

El tercer versículo es Gálatas 5:24, que dice: “Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias”. El momento en que nuestra carne con todas sus pasiones y concupiscencias es crucificada, es el momento en que experimentamos la resurrección. Al experimentar esta crucifixión, simultáneamente experimentaremos esta resurrección.

El cuarto versículo es Romanos 8:13, que dice: “Si vivís conforme a la carne, habréis de morir; mas si por el Espíritu hacéis morir los hábitos del cuerpo, viviréis”. Los hábitos del cuerpo no son solamente ciertos

actos pecaminosos, sino todo lo que nuestro cuerpo habitualmente practica. Siempre que hagamos morir estos hábitos, experimentaremos la resurrección.

El quinto versículo es Mateo 16:24, en el cual Jesús dijo a Sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”. Este versículo nos habla de tomar, llevar, nuestra cruz. Siempre que llevamos nuestra cruz, experimentamos la vida de resurrección. Llevar la cruz no es ascetismo, sino es un morir que trae consigo la resurrección. El ascetismo jamás trae consigo la resurrección. Es precioso y dulce saber que la resurrección de Cristo está mezclada con Su muerte y que, ahora mismo, ambas operan en nuestro ser.—A. Y.

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE LUCAS

### La ascensión del Salvador-Hombre y Su ministerio celestial (Mensaje 12)

Lectura bíblica: Lc. 1:78-79; 2:8-14, 32; 7:41-42, 50; 10:25-37; 15:3-32; 17:20-24; 24:27, 44-53

- I. La ascensión del Salvador-Hombre fue Su investidura en Su cargo celestial, después de pasar el proceso de creación, encarnación, vivir humano, crucifixión y resurrección, Él como Dios y hombre, como el Creador y la criatura, y como el Redentor, el Salvador y el Espíritu vivificante, puede ejercer la administración de Dios y llevar a cabo la economía neotestamentaria de Dios—Lc. 24:44-53; Hch. 2:36; He. 2:9; 12:2.
- II. Cristo en Su ascensión trascendió el Hades (donde los muertos son retenidos), la tierra (donde los hombres caídos actúan contra Dios), el aire (donde Satanás y su poder de tinieblas actúan contra Dios), y todos los cielos (adonde Satanás puede ir)—Ef. 1:20-21; 4:8-10; He. 4:14; 7:26.
- III. Hay una transmisión que procede del Cristo ascendido y trascendente para la iglesia (Ef. 1:19-23); Su transmisión trascendente incluye toda la rica impartición del Dios Triuno (vs. 3-14):
  - A. Esta transmisión todo-inclusiva no sólo nos une al Cristo encarnado y crucificado, sino también al Cristo resucitado y trascendente; en unión con el Cristo trascendente, hemos superado todas las cosas negativas y hemos trascendido por encima de todas ellas—vs. 21-23.
  - B. La transmisión del Cristo trascendente infunde en la iglesia, el Cuerpo de Cristo, lo que el Dios Triuno ha logrado, alcanzado y obtenido, a fin de reunir en Cristo bajo una cabeza todas las cosas—vs. 10, 19, 22-23.
  - C. La transmisión del Cristo trascendente también nos une al ministerio celestial de Cristo en Sus doce estatus, los cuales Él